

distinguió tan solo campos de legumbres. El terreno, recién regado, debía estar blando, Gordal se descolgó de la ventana y fué á caer sobre un monton de coles, que amortiguó la caída. Se levantó palpándose y escuchó —ni un ruido, más que el claro murmullo del Aube deslizándose á través del jardín.—Siguió á lo largo del rio hasta la salida del parque; después, lanzándose con decisión al agua, que no le llegaba más que hasta las rodillas, siguió la corriente y salió con ella á campo raso.

III.

En aquel tiempo, el correo que llevaba la correspondencia á Chatillon sur-Seine, salía de Auberive á las tres de la mañana. En el momento en que el pesado vehículo, tirado por dos caballos, daba vuelta á la antigua fragua para entrar en el camino que conduce á Recey-sur-Ource, un muchacho, que llevaba los zapatos al hombro, subió á la carrera hasta la baca del coche y agarrándose á las cuerda que sujetaban los equipajes, se sentó en la parte trasera con las piernas colgando. El ruido de las ruedas y el trote de los caballos, impidieron al conductor, que iba medio dormido, darse cuenta de la irrupción del incógnito viajero. El vehículo continuó rodando entre una nube de polvo, hasta la cima de la pendiente; atravesó con rapidez la aldea de Germaine, silenciosa y

dormida aún, subiendo luego con lentitud por la pendiente de los bosques de Colmiers.

Eran ya las cuatro y el sol empezaba á asomar tras de los bosques de Auberive, entre un semillero de ligeras y rosadas nubes. Los primeros rayos, rompiendo la oscuridad de los bosques, salpicaban, —acá un espeso tapiz de hiedra, allá un macizo de clematidas, mientras que en la parte baja del camino proyectaban azulada sombra entre dos taludes cubiertos de húmedos espinos é hipericones en flor.

Los pájaros sacudían sus alas jorgeando en la espesura y cántico de un gallo resonaba como un punto de corneta en lejano caserío.

Habían llegado á la cima de la meseta. Gordal (ya se habrá adivinado que era él), que continuaba agarrado á las cuerdas de la baca, pensó que era muy aventurado arriesgarse en el llano, cuando los vecinos bosques le ofrecían un asilo seguro, al par que fresco.

En un sitio en que las ruedas rozaban al talud, se dejó caer sobre la húmeda hierba, abandonando sin ser visto, como lo había hecho al subir, el coche, que entrando entonces en el camino llano, desapareció bien pronto entre el polvo. Después de haber seguido con la vista por largo espacio aquella aureola de polvo, que aumentaba y disminuía á la rojiza luz del sol saliente, Gordal, retirándose del camino, se puso los zapatos y se aventuró en el bosque.

Ebrio por la reconquista de su libertad, saboreaba

con avidez el placer de vagabundear á su albedrío, sin preguntarse dónde iría, ni de qué iba á vivir. Lo importante por el momento, era despistar á los celadores; por de pronto les llevaba dos horas de ventaja y podía desafiarles á que adivinaran la dirección que había tomado. Así anduvo una legua por el monte, buscando siempre la espesura y huyendo de los claros; al cabo de la hora, el declive del terreno se hizo sensible, y después de haber bajado rápidamente á lo largo de una zanja, se encontró en el fondo de una garganta por la cual corría un arroyo. El lugar era muy solitario; de ambos lados, las pendientes, cubiertas de árboles, se elevaban como cortadas á pico, cubriendo con su sombra la estrecha banda de pradera en que corría el arroyo, á través de esbeltos juncos y verdosas zarzas.

Dos ó tres mirlos, únicos huéspedes de aquel valle, estaban ocupados en bañarse en la corriente, cuando Gordal desembocó en la orilla. No se molestaron por su presencia, y el placer que parecía producirles aquel baño matinal, indujo al fugitivo á imitarles. Desnudóse en dos segundos y se lanzó con delicia á aquella límpida agua, perfumada por los aromas de las plantas de menta y de violeta en flor. Cuando se hubo lavado á su gusto, se secó dando vueltas sobre la soleada alfombra de blanda hierba, vistiéndose después con lentitud. Mientras se ponía el pantalón se le ocurrió una ingeniosa idea. En lugar de ponerse

la chaqueta de uniforme, la escondió bajo una gran piedra que había al pié de un árbol. Esta parte de su uniforme llevaba una marca numerada que oía á la legua á prisión; esta marca hubiera podido venderle, mientras que en mangas de camisa y con pantalón de dril, podía pasar por un aldeano.

Una vez tomadas estas prudentes precauciones, lanzó á su alrededor hambrienta mirada. Había cenado mal la noche anterior, y el baño había venido á aumentar la debilidad de estómago que sentía. Después de algunas investigaciones, descubrió fresas maduras entre la hierba de un talud y frambuesas silvestres entre los zarzales inmediatos al arroyo. El desayuno era frugal, pero exquisito: y después de haberse comido todas las fresas y frambuesas que hubo á mano, nuestro buen Gordal se encontró un tanto satisfecho. Tendióse sobre la hierba, con la cabeza á la sombra y los pies al sol, y, mecido por el murmullo del arroyo, se quedó agradablemente dormido.

Este dulce sueño duraba hacía una hora, cuando fué turbado por ligero ruido de ramas y, sobre todo, por una fresca voz femenina, cuya canción creyó Gordal en el primer momento, que era un sueño. Entreabrió los ojos; pero con la prudencia que había adquirido durante su estancia en la prisión, y que se había hecho en él una segunda naturaleza, no se movió, á fin de ver, en lo posible, sin ser visto. Pre-

caución inútil, porque hacía ya algunos minutos que era objeto de observación.

Vió, á unos diez pasos de donde él se hallaba, á la cantora cuya voz le había despertado. Era una muchacha de unos quince años. Con una cesta llena de fresas en una mano, y un pedazo de pan casero en la otra, se había detenido á la orilla del arroyo, dejando de comer para examinar á aquel muchacho que le era desconocido. Gordal, inmóvil, fingía continuar su sueño, á fin de pensar lo que había de decir y hacer en aquel trance, y, sin dejar de reflexionar, espíaba á la recién llegada.

La muchacha iba vestida con una simple camisa, sujeta al cuello por una cinta, y un zagalejo de lana, bastante corto y deshilachado, que dejaba ver casi hasta la rodilla, dos piernas desnudas, llenas de rasguños, y unos pies calzados con anchos brodequines. Sus desnudos y delgados brazos estaban bronceados por el aire y el sol, lo mismo que su cara, cuyas mejillas se habían, no obstante, coloreado por el movimiento y el calor. Sus castaños cabellos, muy abundantes y mal contenidos por un peine de cuerno, caíanla en rizados mechones sobre la nuca y la frente, y hasta sobre sus negros ojos, muy abiertos, que miraban con mezcla de curiosidad y de desconfianza á Gordal, tendido sobre la hierba. El resultado del examen no pareció ser demasiado favorable. El ex-número veinticuatro no era una figura que se des-

pegase de aquel cuadro de verdor. El baño parecía haberle purificado de las manchas de la prisión; sus mejillas y sus labios habían vuelto á adquirir los vivos colores á que debía el apodo de Gordal, y su actitud de abandono le daba el aspecto de un buen muchacho. La desconocida, un poco tranquilizada después de su examen, dió algunos pasos hácia él, que por su parte, juzgó llegado el momento de sacudir su fingida soñolencia.

Estiró los brazos, como quien se despierta, se frotó los ojos y se incorporó sobre los codos.

Una maliciosa sonrisa entreabrió la boca bastante grande, de la muchacha.

—¡Teneis el sueño pesado, eh!—exclamó.

—Diantre.—contestó Gordal,—cuando se está cansado se...—iba á decir *se sorna* pero contuvo en la garganta este término del *caló*—duerme como un tronco.... ¡Quien duerme, come!

—Sin embargo, no habeis ayunado del todo,—replicó la muchacha dirigiendo una mirada irónica á las plantas de frambuesa, holladas en la recolección hecha por el muchacho;—todo esto estaba lleno de frambuesas y de fresas y no queda ni señal de ellas.

Al concluir de decir esto, se echó á reir á carcajada y su acceso de buen humor inspiró confianza á Gordal.

—Esa es carne de poca sustancia,—suspiró, sin qui-

tar la vista del pedazo de pan que la muchacha llevaba en la mano—eso no llena el estómago.

La muchacha pareció comprender la elocuencia de aquella egoísta mirada.

—Si teneis hambre—replicó con viveza—decidlo... Yo os daré gustosa la mitad de mi pan.

—No lo rechazo, porque no he comido nada desde ayer por la noche.

La muchacha partió en dos pedazos el pan y se lo presentó graciosamente á Gordal, acompañándolo del cesto de fresas.

—No penseis en mí, yo ya he comido bastante—se apresuró á decirle.

Gordal no se hizo rogar, y principió á comer. ¡Devoraba! La muchacha se había sentado sobre la hierba y contemplaba, embobada y sonriente, cómo tragaba el pan y las fresas su desconocido.

El fugitivo concluyó por avergonzarse de su voracidad y después de haber humedecido la colación con un trago de agua, sirviéndose para ello de la cavidad de la mano:

—¡Uf!—murmuró—¡esto es otra cosa!... ¡Gracias! ¡Ya era tiempo, me caía de hambre!

—¿De veras?... ¿No comeis en vuestra casa?

—No siempre—respondió lacónicamente el muchacho.

—¿Sois de Colmiers?

—No.

—¿Del Val-Serveux, acaso?

Gordal la examinó de nuevo, lleno de perplegidad. La franqueza de los límpidos y nada tímidos ojos de la muchacha, le predisponía á la confianza.

—Soy—la respondió—de un lugar de cerca de Auberive. ¿Conoceis aquel pais?

—No he estado nunca en él; pero mi padre lo conoce... ¿No es en Auberive donde hay presos?

A esta inesperada pregunta, la perplegidad del muchacho aumentó.

—Sí... según creo—balbució evasivamente.

Su turbación no había escapado á la muchacha. Le miraba con una atención inquieta, y él comprendió que se ponía colorado por la obstinada mirada de aquellos jóvenes é inquisidores ojos. Para cortar esta enojosa conversación, la preguntó á su vez:

—¿Qué es vuestro padre?

—Es fabricante de almadreñas... Ahora trabajamos en la venta del Val-Serveux.. El año pasado teníamos el taller en los bosques de Gurgis.

—¿Sois muchos en vuestro taller?

—No; mi padre y yo, y un *Champañés* compañero nuestro.

—¿Cómo os llamis?

—Honorina... Honorina Vincart... pero me llaman Norina... ¿Y vos?

—¿Yo?... Gordal.

La boca de la muchacha se abrió de nuevo para dar paso á una sonora carcajada.

—¡Ese es un nombre de cereza, no es nombre de cristiano!

—Es un apodo—replicó el fugitivo con viveza.

—¡Ah! bien... ¿Cuál es el nombre de vuestro padre?

—¿Mi padre?... No lo he conocido.

—¿Y á vuestra madre?

—Murió—replicó el muchacho con áspero tono.

—La mía también—dijo con dulzura Norina;—murió cuando yo no tenía más que diez años.

Hubo algunos minutos de silencio, Gordal masticaba nerviosamente un tallo de menta; la muchacha había mojado una de las manos en el agua y se entretenía en hacer rodar brillantes gotitas á lo largo de su desnudo brazo. Lanzó una penetrante mirada á su interlocutor, y después, volviendo á sus preguntas:

—¿Estábais sirviendo en Auberive?—dijo.

—Sí.

—Y os habeis marchado de casa de vuestros amos, ¿eh?

—Lo habeis adivinado—se apresuró á contestar Gordal, esperando que terminaría de este modo tan enojoso interrogatorio.

Pero no había contado con la tenaz curiosidad de la hija del almadreñero.

—¿Cómo se llamaban vuestros amos?—preguntó Norina.

Gordal, cogido de improviso, buscó sin encontrarlo, un nombre en su imaginación; luego pensó que si nombraba por casualidad á alguno de Auberive, corría el riesgo de que fuera descubierta su mentira, por aquel juez instructor en zagalejo y camisa. Se apoderó de él la impaciencia y replicó excitado:

—A fe mía que ya no me acuerdo.

Una mueca sospechosa plegó los labios de Norina.

—Poca memoria teneis—dijo con sequedad.

Frunció las cejas, levantó un dedo en alto y mirando frente á frente al desgraciado Gordal:

—¡Tened cuidado—prosiguió,— con las mentiras que me decís! Se me antoja que salís de la prisión de Auberive, de donde os habeis marchado con el permiso de las suelas de vuestros zapatos.

Se había levantado al propio tiempo, retrocediendo precipitadamente tres ó cuatro pasos, en tanto que Gordal, desconcertado, se ponía también en pié.

—¡Oh!—continuó Norina, mirando de alto á bajo al fugitivo, que había vuelto á tomar su aspecto feroz.—¡No me mireis como si quisierais tragarme!... No me meteis miedo y no tengo más que gritar para que acuda mi gente.

—¡No griteis!—suplicó Gordal con voz apagada,— prefiero deciros toda la verdad... Sí, me he escapado de la prisión; pero no teneis por qué tener miedo... ¡Yo no quiero mal á nadie y á vos menos que á cualquiera otro... ¡Os ruego que no me delateis!

Entonces, apresuradamente, la contó su historia, sin omitir la aventura de la víspera. Habló del régimen de la prisión y de los malos tratamientos de que había sido objeto de parte de los celadores, y la enseñó las manos, hinchadas aún por los golpes.

Norina se había ido acercando poco á poco, concluyendo por ponerse de rodillas sobre la hierba. Escuchaba con creciente interés el relato de las desgracias de Gordal; sus negros ojos se humedecían unas veces, destellando otras gran indignación. Cogió una de las manos del fugitivo y examinó con atención las violáceas manchas, prueba fehaciente de los malos tratamientos de los celadores.

—¡Qué salvajes!— exclamó,—¿os pegaban? ¡Es una cobardía pegar á un muchacho indefenso!... ¿Qué edad teneis?

—Diez y seis años.

—Como yo. ¿Y os habeis escapado?... ¡Habeis hecho muy bien, yo hubiera hecho lo mismo en vuestro lugar!... ¿Qué pensais hacer ahora?

Gordal dijo que temía que le cogieran de nuevo, porque entonces, el castigo sería terrible. Que tenía intención de ocultarse en los bosques durante el día, y caminar durante la noche, hasta que estuviera muy lejos de la prisión.. Que entonces procuraría encontrar trabajo en alguna fábrica.

—Soy fuerte,—añadió mostrando sus robustos bra-

zos,— podré ganar fácilmente mi pan. Nome intimida el trabajo.

Norina se había quedado pensativa. Sentada sobre la hierba, cuyos tallos rozaban su pecho, tenía los codos sobre las rodillas y los dedos hundidos entre los cabellos; los verticales pliegues que marcaban el nacimiento de sus cejas casi unidas, indicaban que se había entregado á profunda meditación.

—Oid,—dijo al cabo de algunos momentos,— creo haber encontrado una solución que tal vez os convenga... Mi padre piensa tomar un aprendiz... Sobre todo, ahora que *el Champañés* ha ido á pasar unos dias á su pais... No os gustará aprender el oficio de almadreñero?

—¿Por qué no? ¡He tenido ya tantos oficios, que me importa poco tener uno más!

—En mi casa estareis bien oculto... ¡Es tan raro encontrar alli otras gentes que los leñadores del valle del Val-Serveux! Excepto en el otoño, cuando la caza está abierta, y entonces nosotros nos marchamos.. Con seguridad que los gendarmes no irán á buscaros alli.

—Si. Pero vuestro padre no querrá tener á su lado á un fugado de la prision.

—¡Eso es cuenta mía!—respondió Norina con tono decidido, dándose cierta importancia, no desprovista de coquetería.—Venid conmigo.

Le cogió una de las manos y le condujo por la ori-

lla del arroyo hasta una revuelta, desde la cual se veían, la falda de los bosques y el aduar de los almadreñeros.

Norina hizo sentar á su protegido detrás de unos sauces, y le encargó que permaneciera oculto hasta que ella le llamara.

—Voy á hablar al padre Vincart—dijo—No os movais... Si oís cantar tres veces seguidas imitando el canto del cuco, es que el asunto está arreglado. Entonces dirigiros hacia la choza, yo os saldré al encuentro,

La muchacha atravesó el arroyo, saltando de una á otra, sobre las grandes piedras colocadas en él, á guisa de puente, y se encaminó hacia la choza.

La instalación de los almadreñeros se componía de una ancha choza de forma cónica, cubierta con tierra musgosa, y de una barraca de madera con cubierta de retama, en donde descansaban los zuecos hechos, sobre un lecho de virutas. El taller, propiamente dicho, estaba al aire libre, y en el momento en que llegó Norina, el tío Vincart, á caballo sobre su banco, cortaba con la azuela unos zuecos del tronco de una haya. Su entreabierta camisa dejaba ver el ya grisáceo vello de su pecho. El tío Vincart era un hombrecillo encorvado, de unos cincuenta años, muy vivo, de nariz larga y ojos alegres.

Al sentir los pasos de Norina, levantó la cabeza y

acogió á su hija con socarrona sonrisa que circundó de arruguitas todo el cerco de sus ojos.

—¡Hola, ¡golondrina mía! —dijo.—Sin que esto sea reprimidos, os haré notar que habeis empleado mucho tiempo en almorzar.

Norina se puso seria, y replicó con tono de niño mimado:

—No os incomodeis; he estado ocupándome de vuestros asuntos.

—¡Caramba! ¿De qué asuntos?

—¿No dijisteis el otro día que os alegraríais de tener un aprendiz?

—El caso es que el *Champañés* me falta grandemente y que de buena gana hubiera tomado á otro cualquiera para que me ayudase... Pero los aprendices no nacen en los bosques como las setas.

—Sin embargo, yo he encontrado uno en la Fontenelle, y lo he tomado para vos...

—¡Cómo!—exclamó el almadreñero turbado;—¡me parece que habeis obrado con ligereza, querida! No es cosa de admitir al primer advenedizo, á cualquiera.

—No es cualquiera—dijo crudamente Norina;—es un muchacho fornido y que trabajará mucho.

—¿Y de dónde viene ese muchacho?

Norina bajó la cabeza un momento, y levantándola después con decisión:

—Es un muchacho—dijo—que estaba sirviendo en

casa de unos fabricantes de cestas, le pegaban y les ha dejado plantados. Yo le he encontrado en la Fontenelle, tenía hambre y le dí mi pan y unas fresas que llevaba en la cesta.

El tío Vincart movió la cabeza con aire de admiración.

—¡Buena recomendación! — murmuró — es muy vuestro, Norina, eso de apiadarse de los fugitivos.

—Me ha dado lástima, sí, y después de pensarlo mucho, lo he dicho que le tomarías como aprendiz, y estoy segura de que tendreis en ello una satisfacción.. Ahora, si no os fiáis de mí, sois libre de no tomarle... Cometeríais una tontería, he ahí todo, y el pobre muchacho irá á morir de hambre por esos mundos de Dios.

Norina pronunció estas últimas palabras con acento conmovido, acompañándolas de un gesto de mal humor. Conocía bien á su padre y sabía el medio de conseguir siempre lo que se proponía.

—¿Quién habla de no admitirle?—respondió el almadrero, medio convencido ya.—No digo que no, solo que no me gusta admitir en nuestra casa gente desconocida y quisiera verle antes de recibirle... ¿Dónde está *tu* muchacho?

—Voy á enseñároslo... Además, no os vais á casar con él, cuande el Champañés venga, estareis siempre á tiempo de despedir... á Claudio Pinson, si no os conviene su trabajo.

Durante esta conversación en la cual se decidía su suerte, Gordal esperaba impaciente sentado detrás de los sauces. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan emocionado. El encuentro con Norina y la manera con que le había socorrido, constituían para aquel adolescente, hasta entonces tan desgraciado, acontecimientos completamente nuevos, que rayaban en lo maravilloso. Tenía miedo de que tan inesperada fortuna desapareciera de repente, como las libélulas azules que había visto revolotear su pensamiento al borde del arroyo y que luego desaparecían para no volver. Los minutos le parecían inmensamente largos y aunque no hacía más que un cuarto de hora que estaba esperando, empezaba ya á descorazonarse.

—¡Ea!—pensó—es que no quieren nada conmigo...

En aquel momento se oyó la voz de Norina que repitió tres veces, con cierta sonoridad:

—¡Cu... cu! ¡Cu... cu! ¡Cu... cu!

Se levantó de un salto, y saliendo de su escondite, se lanzó en dirección al lugar de donde había partido la señal convenida.

Bien pronto distinguió á Norina, que corría hacia él.

—¡Venid!—dijo toda sofocada, al llegar á su lado—mi padre consiente en tomaros y probar si le servís... Le he dicho que os llamis Claudio Pinson y que estábais sirviendo en casa de unos cesteros que os cas-

tigaban .. Retened bien todo esto en la memoria, á fin de no cortaros cuando os interrogué.

Se detuvo para tomar aliento, y sus lípidos ojos permanecieron fijos en los de Gordal.

—Me ha visto obligada—continuó—á engañar á mi padre para dulcificarle, y eso me causa mucha pena... Tratad de que no me arrepienta de haberlo hecho.

Por primera vez en su vida se daba cuenta Gordal de lo que [podía ser la bondad, y, por primera vez en su vida también, sus ojos se inundaron de lágrimas que ni el sufrimiento ni la cólera habían podido arrancar.

El fondo de sensibilidad que existe en el corazón de todo ser humano, y que hasta entonces había estado oculto para él, se revelaba bruscamente.

En un arranque de gratitud cogió la mano de Norina y la estrechó entre sus gruesos y doloridos dedos.

La muchachuela retuvo la mano del fugitivo entre la suya, y así cogidos se dirigieron hácia el taller al aire libre, en que el tío Vincart continuaba su tarea, interrumpida por la presencia de su hija.

—Aquí teneis á Claudio Pinson,—dijo Norina.

El almadreñero miró de arriba abajo á Gordal, que frotaba con aire confuso la mano contra el pantalón.

—¡Es un buen mozo!—murmuró por fin con tono

satisfecho,—y si tiene tan buenos deseos de trabajar, como buena es su presencia, podremos arreglarnos .. Muchacho, Norina me ha hablado de tí y te tomaré por vía de ensayo; vamos á ver lo que sabes hacer... Aquí es preciso trabajar de firme, pero aquí no pagamos á nadie... ¿Te conviene esto?

—Sí, señor.

—Pues bien, para hoy, la muchacha va á ponerte al corriente de lo que tienes que hacer, porque ella se arregla para el trabajo como un hombre y no tiene quien la iguale en manejar el escoplo y dar forma á un zueco... Mañana te pondré una herramienta en la mano y sabremos para lo que sirves.

IV.

Son las dos. El momento en que el bosque, bajo el sol del estío, parece como abrasado y adormecido. Sobre una gruesa piedra que hay encima del arroyo de la Fontenelle, muy estrecho y rápido en este sitio, están sentados Honorina Vincart y Gordal, dejando que la corriente agite sus pies. Están descalzos y el agua, en su rápida corriente, baña sus pies con ligero murmullo. Hacía ya más de quince días que el falso Claudio Pinson servía de aprendiz al tío Vincart, quien le empleaba en cortar y aserrar los troncos de haya, y como era robusto y dispuesto, desempeñaba á las mil maravillas este cometido. En aquella quin-